

Armando Uribe A.

LOS ATAÚDES/LAS ERRATAS

Beuvedráis editores, 1999

“No conozco –escribe Armando Roa Vial– textos en la poesía chilena que aborden la muerte a la manera de Uribe. Al menos no con la hondura existencial de *Los ataúdes/Las erratas*”.

Se equivoca, en este caso, el habitualmente lúcido Armando Roa, puesto que Uribe desarrolla en estos dos libros publicados como un solo volumen, un arte de la moribundia que excede su propia e indignada escritura. Engarzándose con una tradición que en nuestras letras va desde el último medioevo de Jorge Manrique hasta, por ejemplo, los sonetos mistralianos de la muerte, Uribe se hace parte de ese amplio conjunto de poetas que han ahondado en este tema y que, a juicio de quien escribe estas líneas, culmina con dos obras que son también un verdadero monumento a esa larga lista de olvidos, que en su conjunto conforman nuestro acervo literario: *Llama viva*, de Venancio Lisboa y *Diario morir*, de Julio Barrenechea. Coherente con sus libros anteriores, pero especialmente con la obra que ha visto la luz a partir de *Odio lo que odio, rabio como rabio*, la poesía de Armando Uribe Arce ha venido desplegando un discurso epigramático, imprecatorio y enardecido –máximas latinas de modelo– que no hace vista gorda ante su contexto ni baja la voz ante las abominaciones del presente. Ya sea el tema la situación coyuntural de nuestra patria –como en la *Carta abierta a Patricio Aylwin*– o el ámbito espiritual de la misma, léase *Las críticas de Chile*, la mano de Uribe no se aleja del tono que se prolonga hasta asumir con propiedad la manija en *Los ataúdes/Las erratas*.

Pero ahora el tema es más urgente, desgarrador, íntimo tal vez. El hablante de estos textos se ve rodeado por la parca y la única salida no es ni ahuyentarla con la palabra ni torcerle el brazo con estos versos medidos y regulares. Lo que en realidad Uribe intenta con estos ejercicios de exorcismo es plantarse de cara a ese asunto incómodo –el adjetivo es suyo– y resolverlo según sus propios parámetros. Cioran decía que para morir hace falta una alta cuota de humildad, aunque él mismo la considerase repulsiva y sublime, agregando que, en este mismo sentido, “*rebelarse contra la muerte es fruto de una inspiración momentánea; sólo el miedo a la muerte es duradero y profundo*”. Pareciera ser que, dentro de este mismo marco, Uribe las emprende contra ese afán de nuestra cultura de ignorar este hecho definitivo y final de nuestras vidas y que les otorga su sentido a éstas, esa obsesión por morigerar los efectos ineluctables del tiempo, obsesión que no se circunscribe solo a nuestros minutos finales, sino que pretende cubrir cada minuto de nuestra existencia, en busca de una vida indolora, anestesiada, al margen de los años: cremas para tapar las arrugas, amistades virtuales en el ciberespacio que permiten mantener relaciones carentes de todo contacto. Con el temple de un moralista implacable, Uribe recorre una zona que si bien ya ha sido tanteada por otros autores –véase el comienzo de esta nota–, no lo ha sido sin embargo del modo peculiar que distingue a este autor, esa melancolía incapaz de separarse de la iracundia: “*Las sílfides envejecidas/ tejen chalecos para sus amantes/ viejos eternos con los que antes/ ejecutaban las desvanecidas/ rondas alrededor de las retamas./ Hoy reposan en camas/ negras y ya no se aman*”. La brevedad de todos estos poemas –de toda la obra de Uribe, refiriéndonos a la extensión de sus textos y no a sus abundantes títulos– refiere inevitablemente a un estilo epigramático del que ya se ha hecho mención y que a ratos deslumbra por esa mezcla adúltera de humor, claridad y contenida desesperanza, una chanza cuyo primer destinatario es antes que nadie ese conservador de izquierda que es el mismo Uribe, dentro de una lista de honorables que incluye a Dios, los poetas, toda la cáfila de los políticos y el género humano en su conjunto.

Es interesante ver a Uribe en una mirada retrospectiva desde un hoy cuyo trasfondo es precisamente esa generación de notables de la que él forma parte, gústele o no: Volpe, Arteche, Lihn, Barquero, Rosenmann, Trejo, Teillac y Cárdenas, entre otros, todos ellos compartiendo el espacio público con quienes los suceden y anteceden, en una promiscuidad que va desde las sucesivas reediciones de los premios Nobel y Huidobro y de Rokha, hasta las más recientes promociones literarias que han visto en Uribe a uno de los poetas más dignos de atención, completándose el cuadro con la creación permanente de esos clásicos vivos como son Gonzalo Rojas y Nicanor Parra, Trilce y Arúspice y Tebaida y todo el universo del sesenta, ese mismo universo que acabaría trágico con el golpe para dar paso a la dispersión de las décadas siguientes. Este segundo o tercer aire que hoy vive Uribe en su quehacer poético se refrenda no solo por su inagotable actividad pública de los últimos años, sino por sobre todo gracias al valor agregado que le otorga a sus escritos la continuidad (entiéndase coherencia) que su poesía sigue demostrando. Al igual que en libros anteriores como *No hay lugar* o *Imágenes quebradas*, donde el poeta se dedica a reordenar no ya sus poemas, sino simplemente sus versos, creando con ellos un caleidoscopio de nuevas y fraccionadas obras, los poemas de *Los ataúdes/Las erratas* vienen sin título ni paratexto

alguno, salvo un número que actúa meramente como índice. Nada más. Solo el poema y el lector enfrentados en las desnudeces de ese verso imaginista destinado antes al ojo que al oído. De entre los varios poetas que ha traducido, la lección de Pound aparece como la marca más fuerte de todas ellas, puesto que Uribe tiene claro al momento de escribir el aserto irredargüible de Eliot que Pound hiciera suyo: “*Vers libre... es un grito de batalla por cierta libertad, y no hay libertad en el arte (...) el llamado vers libre es bueno siempre que sea cualquier cosa, menos libre*”.

Creo que esto no sería un mal punto de partida para reputar como corresponde la obra de este poeta. Se unen al sarcasmo carnavalesco la rigurosidad métrica y el tono irascible del poema que se regocija en la denuncia, como recordando sin querer esa frase de Auden que viene al calce: “Un arte que no reflejara cuidadosamente el mal no sería arte grande”.

CRISTIÁN GÓMEZ O.
Universidad de Chile